

[Publicado en *El Periódico de Aragón*, 20-IV-1997]

## **El debate de Europa**

Guillermo Pérez Sarrión  
Universidad de Zaragoza

La democracia no es un estado sino un proceso que hay que estar construyendo continuamente. La conversión democrática de nuestro país ha sido tan rápida, apenas 20 años, que apenas es nada: el tejido social es débil, la participación política también, la sociedad española aún no ha tenido tiempo de asimilar muchas cosas. Y esto se puede ver de muchas formas: por ejemplo en el tema del euro y la unión de Europa, que en las democracias más avanzadas del continente está suscitando debates apasionados que aquí está pasando de puntillas, como si la cosa no fuera con nosotros. Claro que otros temen entrar; pero nosotros, con democracia joven, tememos no entrar. Sin embargo Dinamarca rechaza la entrada en referendun; Alemania no quiere perder el marco; Francia aprueba el referéndum sobre Maastricht por los pelos, el euroescepticismo británico crece en medio de un apasionado proceso electoral. Hay mucho recelo. ¿Por qué?

Para entenderlo quizás haya que prestar menos atención a las primeras páginas y más a las ideas de fondo. Por ejemplo, las del conservador británico John Redwood, que a un mes exacto de las elecciones, ha publicado un resonante libro programático, titulado significativamente "Nuestra moneda, nuestro país". No es cualquiera: firme candidato a líder del partido conservador como sucesor de John Major tras la anunciada derrota electoral, líder doctrinal de los euroescépticos, se opone a Europa, pero con argumentos, al buen estilo británico. Y merece la pena conocerlos.

Uno es muy poderoso, y tiene sus raíces en la mejor tradición democrática: los recortes políticos necesarios para la convergencia han sido producto de un acuerdo político que no ha sido aprobado políticamente, lo que vulnera los principios de control democrático de toda acción política. Comprensibles, aunque más discutibles en términos políticos, son sus quejas sobre los criterios de convergencia establecidos para alcanzar la moneda única, criterios que obligan a los Estados a contener el endeudamiento, lo que a su vez impide abordar temas como el empleo y a pagar elevadas multas, o su negativa a aceptar las transferencias de capital a las áreas menos desarrolladas de Europa.

Finalmente aparecen los argumentos más complejos pero no menos decisivos, los referidos al tipo de cambio. Hay una advertencia contra el euro a tener muy en cuenta, relativa a la trayectoria de los ecus: los bonos en ecus vendidos en todo el mundo han perdido mucho valor frente al marco alemán por la inflación, la cumbre de Dublín de 1996 ha regulado su conversión en euros y puede que cuando la nueva moneda europea entre en funcionamiento los compradores de bonos ecu desvalorizados y los bancos que han prestado dinero en ecus pero lo recuperan en euros planteen demandas ante los tribunales para recuperar dinero. Los resultados para el euro y la Unión Europea pueden ser catastróficos.

Los demás argumentos monetarios son respetables, pero totalmente discutibles. La dificultad de ajustar los porcentajes de variación de los tipos de cambio previos a la unión, dice, muestra que se aplican a economías diferentes, y que nunca habrá un tipo de cambio adecuado para todos: el que sea bueno en Barcelona para abaratar la economía y crear empleo será malo en Estocolmo o Eslovaquia, y viceversa. En su opinión Gran Bretaña debería tener siempre la

posibilidad de devaluar su moneda respecto a otras para crear empleo (como si la política monetaria fuera la única política posible), e incluso habría que crear otras monedas dentro de cada país para que por ejemplo Liverpool pueda devaluar su moneda frente a Londres para ganar competitividad. En fin, todo esto ya es otra cosa: es la argumentación propia de un nacionalismo ultraliberal y cerrado más que discutible.

Hay pues cierto oportunismo, pero también argumentos serios: algunos basados en tradiciones políticas y derechos individuales que quizás aún no valoramos bien. La participación democrática es muy deficiente en las instituciones de Bruselas; el sistema de toma de decisiones actual es más un repartirse la tarta sobre bases nacionales; el parlamento de Estrasburgo no puede controlar al gobierno. Y aunque muchos de estos problemas sean interpretables desde programas políticos distintos, en democracias como Francia o Gran Bretaña son objeto de preocupación popular: los ciudadanos son celosos de sus derechos individuales y no quieren ceder competencias a un poder político que hoy por hoy tiene pocos controles, esenciales para el buen funcionamiento de la democracia. Deberíamos tener en cuenta esto; mucho menos en cambio que son democracias que en estos países se siguen concibiendo sólo sobre bases nacionales, lo que es un condicionante importante, y usan la moneda como argumento nacionalista, como símbolo del país.

Estos son algunos de los argumentos que se manejan en Europa sobre la Unión Europea; tema y debate que tiene importancia conocer en un país como el nuestro, con un panorama político sobrado de descalificaciones personales, falto de argumentos y preocupado demasiado poco por lo que pasa más allá de lo local.